

ANA
MOGLIA
LA RUTA
DE LOS
SUEÑOS

emecé

Ana Moglia

La ruta de los sueños



emecé
escritores argentinos

PRIMERA PARTE

*Apóstoles, Territorio Nacional de Misiones,
Argentina, 1943*

Dicen que cuando uno es padre empieza a comprender a sus propios padres. Eso dicen... De pequeño me costaba entender a los míos; más bien a mi padre, Teodoro Vennik.

No recuerdo cuántos años tendría yo, pero debo de haber sido un gurí de cinco o seis años cuando escuchaba sus historias cada noche. No entendía qué tan «fea» –según mi vocabulario rústico aún– podría haber sido su Ucrania natal para que en este punto del planeta sintiera tanto entusiasmo, sosiego y percibiera indicios de futuro. Eso pensaba yo –aunque no con estas palabras, claro– desde mi mente infantil mientras me espantaba los mosquitos que, gracias a los esfuerzos y recetas caseras que preparaba mi madre, la hermosa y serena Janica, podía combatir, al menos por un rato.

Pienso que él veía mis ojos chispeantes y atentos cuando me contaba sus peripecias y entonces –como me sucedió con mis hijos cuando eran pequeños– no se perdía el momento de contarme una por las noches, antes de dormir. Estoy convencido de que esos momentos son alimento para el alma, para los padres y para nosotros, los hijos, que los atesoramos más que a todo el oro del mundo.

Yo iba creciendo y le suplicaba que no dejara de contarme esos relatos que, con el tiempo, me di cuenta de que no eran

sino sus propias historias. Había varias, pero mi preferida era esa en donde me narraba su llegada a la Argentina, allá por 1897. Había quedado huérfano de padres y, con algunos compatriotas, se había lanzado a ultramar. Sería la última vez que vería Galitzia, su pueblo, una de las comarcas más pobres de la Europa campesina. También venían polacos en el barco, entre ellos mi madre, Janica Bednazh, con su familia (esto no me lo contó, sería por pudor tal vez, pero teniendo en cuenta la belleza de mi adorada madre, que aún persiste con el paso de los años, estoy seguro de que pronto sucumbió ante su particular hermosura).

Me contaba historias que él mismo escuchaba de otros. Hoy creo que en su afán de arraigo trataba de grabarlas a fuego en su memoria, quizá para empezar a sentirse uno más del lugar... no lo sé.

Las que no me gustaban eran esas en las que me hablaba acerca de los primitivos habitantes de estas tierras; los guaraníes. Los describía como seres robustos, de cabello oscuro y excelentes guerreros pero yo, en mi cabeza, me los figuraba como monstruos o seres horribles y feroces; sin embargo, hoy tengo a mi hermano y a mi hijo del corazón que llevan esa sangre en sus venas y a la distancia, me río de mi propia inocencia.

Miro hacia el horizonte y encuentro ese verde intenso que me deja sin voluntad, que me atrapó con sus redes invisibles. Ese verde que «gracias a Teodoro» amo con mi alma. Lo observo, respiro profundo, como si quisiera beberlo de un solo sorbo y pienso: él eligió quedarse aquí, en Apóstoles, en el «Territorio Nacional de Misiones» —como expresaba con orgullo— un día de agosto de 1897. Aunque más que elegir el lugar, creo que lo que eligió fue quedarse en él, como yo ahora elijo quedarme, a pesar de todo.

Hoy necesito recordar las penurias que pasaron Teodoro y Janica y escribirlas, para que mis hijos encuentren en ellas fortaleza, si la necesitan algún día, como yo en estos momentos.

Hurgaré en mi memoria; hay vivencias que están intactas allí. Quiero revivirlas, las necesito. Hoy necesito comprender a mi padre y encontrar en él las respuestas.

Pedro cerró sus ojos y permaneció en silencio, recordando a su amigo Benicio cuando le decía que aprendiera a escuchar la voz de la Tierra. Estaba sentado a la sombra de un lapacho, guardando en sus retinas el verde fulgurante de la plantación que había observado a los lejos, sintiendo la brisa que traía aromas inconfundibles y se metió en la vida cotidiana de sus padres, en su infancia, en la vida que había tenido...

Juntó las partes de momentos vividos y a otras se las imaginó a través de las historias de Teodoro que guardaba en su corazón. Imaginó que alguien le contaba la vida de sus padres y hasta la suya propia. En fin... necesitó ver la vida completa.

*Apóstoles, Territorio Nacional de Misiones,
fines de agosto de 1897*

El viaje hasta Apóstoles fue dificultoso: para llegar a territorio misionero, a Posadas, las familias ucranianas y polacas habían surcado el río Paraná en barco a vapor desde Buenos Aires. La travesía duró alrededor de una semana. En Posadas los aguardaba el gobernador Lanusse que los había convocado a través de Shelagovsky, un famoso sastre ucraniano nombrado consejero en el Ministerio de Inmigración que residía en Buenos Aires.

Los recién llegados continuaron hasta Apóstoles en carros tirados por bueyes durante varios días hasta donde se podía, porque después no había más alternativa que ir a pie y con machetes, abriendo picadas y senderos para poder sobrevivir. No había mucha selva, pero sí manchones de montes que los envolvían hasta casi no dejarlos ver el cielo por la inmensidad y por la altura de los árboles. Era un recorrido difícil pero el único que debían hacer para poder asentarse y formar colonias.

Teodoro percibía que Apóstoles era bien distinta de su Ucrania. La tierra colorada y las pronunciadas pendientes lo fascinaron. Todo allí tenía el encanto de lo autóctono, como si proviniese de las entrañas de la tierra misma. Había escuchado

que antaño habían habitado el lugar unos salvajes llamados guaraníes, que gracias a unos «curitas» españoles —como le decían por allí—, de nombre raro para Teodoro, «jesuitas», se habían civilizado sin perder sus tradiciones.

Teodoro pasaba así del frío y de la nieve de los largos inviernos ucranianos al calor inexplicable de esta región; del mar a la vegetación exuberante de la selva y de los bosques misioneros. Supo que amaría ese lugar hasta sus últimos días. El verde lo embriagaba y sentía que al respirar inflaba sus pulmones de energía y de vida aplastando algún pensamiento que había manifestado una compatriota suya cuando al ver la tierra colorada, agotada por el calor había dicho «esto es el infierno mismo».

Vennik no tenía nada que perder porque nada había dejado atrás y en Misiones, el Gobierno estaba dando tierras libres a los colonos; entregaba dos lotes pequeños por familia, a pagar durante diez años a un peso por mes. Buscaba proteger fundamentalmente las zonas de fronteras, para evitar el avance de la gente de los países limítrofes y también para evitar que se quitaran tierras o se corrieran los límites.

Después de tanto trajín los europeos finalmente se asentaron y fundaron una colonia agrícola. Al principio tenían hambre. Mientras esperaban sus primeras cosechas de maíz, arroz y mandioca recibían del Gobierno algo de harina y porotos negros. Los avestruces del lugar, los peces en abundancia y las perdices también ayudaron a paliar el hambre hasta las primeras cosechas.

Teodoro, a pesar de todo, veía en aquellos verdes su presente, su único presente, y su futuro. Al poco tiempo de su llegada, se dedicó a los servicios de posta y de comercio relacionados con las expediciones yerbateras que se dirigían hacia el norte;

hasta entonces y aún por muchos años, la yerba que se consumía en el lugar provenía de la selva, de plantas silvestres que crecían en manchones con gran densidad de árboles.

Durante la travesía en barco ya había quedado prendado de la belleza de una polaca, Janica Bednazh. Con solo mirarla, se le erizaba la piel; jamás había visto una mujer de tanta belleza pero, sobre todo, con ese halo de encanto, tan cautivador. Con el tiempo entendió que esa mujer hablaría, de manera rotunda, con sus silencios, tan oportunos, tan necesarios. Ella también se había enamorado a primera vista. Luego, con el consentimiento del padre de Janica en primer lugar, le propuso casamiento. Ella aceptó sin dudarlo pero quiso que el matrimonio se celebrara en el templo apenas erigido, dedicado a Nuestra Señora de Czestochowa, la «Virgen negra», patrona del pueblo de Polonia.